

# La Vidriera de Puerta Tierra

Viejas postales descoloridas  
Por Federico Villoch

**C**ON seguridad que a algunos de nuestros viejos lectores les tocó, a su vez, un pedazo del premio gordo, o algún premio de consideración de la Lotería de Madrid, o de Cuba, Colonia o República, comprado en la popular vidriera de «Puerta-Tierra», en la calle de la Muralla. Difícilmente existía en la Habana otra esquina que fuera más conocida que esa de Muralla y Bernaza, ni vidriera cuya fama rebasase la de «Puerta-Tierra», cuyo nombre venía sonando en nuestros oídos desde los más remotos tiempos de los más antiguos Capitanes Generales de la Colonia, y los Presidentes de la República. La abrió por primera vez el año 1837, según se cuenta, un castellano, artillero licenciado, llamado Severino Puente, y tomó su nombre de la «Puerta», que se le decía de «Tierra», abierta en el trozo de Muralla de la ciudad, frontero a aquella esquina, punto de reunión de carreros, muleteros, esclavos de ambos sexos, dragones, soldados, guardias del Orden Público y paseantes que a pie, a caballo o en volantas, quitrinis y simones iban a sus quehaceres o visitas en los terrenos de las afueras, dándole al sitio mayor animación varios puestos adjuntos de agua de loja y refrescos de garapúa, chicha y naranjada, que atraían a todo el mundo; como también varios memorialistas que, en sus pupitres ambulantes, ejercían su oficio, tan provechoso en aquellos tiempos de general analfabetismo.

«En aquellos tiempos—dice Cirilo Villaverde en «Cecilia Valdés»—en que la Metrópoli creía que la ciencia de gobernar a las colonias se encerraba en plantar unos cuantos cañones de baterías—hoy, añadimos nosotros, se cree que consiste en pasearlos, para que el público los vea—se ideó la construcción de las murallas de la Habana, obra que se empezó a principios del siglo décimoséptimo y se terminó casi al finalizar el decimoctavo. Las tales murallas eran parte de una fortificación vasta y completa, así por el lado de tierra como por el del mar o puerto, no faltándole cuatro puertas hacia el campo, poternas, fosos, terraplenes, etc., de modo que la ciudad más populosa de la isla quedaba de hecho convertida en una inmensa ciudadela, hasta la llegada del memorable Miguel Tacón, quien abrió tres puertas más y substituyó los puentes levadizos con puentes fijos de piedra. Las tres puertas del centro se llamaban del «Monserrate», de la «Muralla» y de «Tierra», que usaba el público en carruajes, a caballo y a pie; y las de los extremos se llamaban de la «Punta» y de la «Tenaza», que estaban destinadas especialmente al tráfico». Mas he aquí que uno de los centinelas de la Puerta de Tierra nos da el jalto! para que no avancemos en terrenos de los «historiadores de la Habana», y nos ciñamos al que nos corresponde, de modestos postalistas descoloridos...

El día que la vidriera de «Puerta-Tierra» ven-



Ramón el Enano (Dibujo de Landaluce)

dió su primer premio gordo, escribió la primera página de su gloriosa historia futura, avalada con el más augusto y brillante nimbo de la Libertad, puesto que, según se cuenta, compró la suya, con su «premio», un negro esclavo del señor Marqués de Jústiz de Santa Ana, cuya nobleza se remonta a los años de mil setecientos y sesenta y uno, del reinado de Carlos III. «Se sacó la lotería» Don Severino, el dueño de la vidriera de «Puerta-Tierra». Empezó a sonar su nombre, y a correr de tal modo su fama de prodigador de la suerte, por todos los ámbitos de la isla de Cuba, que desde el último rincón venían las gentes a cientos y a miles a comprar en ella billetes de la lotería; y los que no venían le hacían el encargo consiguiente al amigo o compadre que se dirigía a la Habana. Y con esto, le decían, poniéndole en la mano un par de duros, me compras dos vigésimos de billetes en «Puerta-Tierra». La gente se amontonaba de tal modo ante aquella vidriera, que no se podía dar un par de pasos sin echarse al arroyo; al igual del esclavo del



Estampa de la época: la venta de un pedacito de billete

ñor Marqués de Jústiz de Santa Ana, todo el mundo iba tras su correspondiente libertad, que al fin esclavos somos todos de la miseria, del duro trabajo, de la dependencia, del Secretario de despacho, etc. etc., y poderoso caballero es Don Dinero, que todo eso nos libra.

Frecuentemente eran engañados los negros bozales cuando daban sus billetes a alguien, para que se los mirase en la lista de la lotería, devolviéndoles otros que no estaban premiados, y quedándose con aquéllos que lo habían sido. Cuéntase un caso muy ocurrente, sucedido entre uno de aquellos esclavos y un billettero ambulante, al que aquél le entregara un vigésimo para que lo confrontara con la lista, devolviéndole el billettero otro vigésimo cualquiera de los que a prevención llevaba ocultos para tales casos, y diciéndole al negro, como de costumbre, «que el suyo no había sido premiado», cuando precisamente lo había sido en el gordo. El negro miró y remiró detenidamente al trasluz el vigésimo que el billettero le devolvía, y comprendiendo que no era el suyo y que había sido engañado, denunció al estafador ante el Capitán de la Guardia Civil del pueblo.

—Bueno—acabó por decirle el capitán al quejoso, ante los numerosos billetes que se le ocuparon al vendedor, para la averiguación oportuna—y si tú no sabes leer ¿cómo vas a sacar tu billete entre todos estos?

A lo que el negro contestó:

—Búcalo, capitán, búcalo; mi billete ta pinchá con bujerito.

Efectivamente, el negro listo, valiéndose de un



ciados o por referencias. Sobre todo, el día del sorteo se oyen las exclamaciones y los diálogos más pintorescos y candorosos:

—¡Ay!, vecina—exclama una señora que vive pendiente de la lista—¡por un punto, hijita; por un punto no me saqué cinco mil pesos!

—¡Qué número más bonito!—exclama otra, refiriéndose al del premio mayor—. Si lo veo, lo compro.

—¡Quién diría que lo oí cantar anoche!—agrega una tercera.

Hay quienes revuelven la población de punta a cabo en busca de un quince, un seis o un dieciocho mil que se les ha metido en la cabeza. Se dió el caso de un conocido farmacéutico de aquí de la Habana, que soñó con un número determinado; salió en su busca, encontró de él ocho hojas y le tocaron ochenta mil pesos. ¿Negará este «Segismundo» afortunado que «la vida es sueño»?

Raro era un tiempo el sorteo, según la voz pública, en que no se sacaba un chino de la calle de San Nicolás, una mitad o un cuarto del premio grande. Ahora al chino lo han sustituido por un polaco, y probablemente serán en lo adelante los judíos los que resulten favorecidos por la suerte y la fantasía popular. Entre los sucedidos de verdad cuéntase—reciente—el del afortunado sirio que una hora antes de verificarse el sorteo compró un billete entero, por menos de su valor, y a las tres de la tarde depositaba en el National City Bank, la suma de ochenta mil duros, correspondientes al premio grande. Un amigo nuestro, tras mil angustias y fatigas, es al fin nombrado Juez municipal suplente en un pueblecillo de la provincia de Matanzas; llega a la Estación del Empalme, donde compra a la desesperada y para jugarse la última carta, un billete entero, quedándose con las precisas pesetas para desembarcar y pagar el coche, y a las nueve de la mañana del día siguiente es poseedor de cien mil pesos...

Otro cuenta que parece un película: un «celador de vía férrea» del pueblo de Aguacate, fué agraciado en una lotería «colorada», como en tiempos de España se le llamaba a la colorada de Navidad, con un vigésimo del gordo, o sea, la suma de 25.000 pesos—número del billete 13.309—y ya es de imaginarse cómo este hombre de escasa cultura perdiera el seso con aquel inesperado golpe de la suerte, si bien no hizo mella en su corazón para ahogar sus nobles y puros sentimientos fraternales, por lo que le regaló al único hermano que tenía una buena parte de aquella suma.

Un año escaso después, habiéndose entregado de lleno a los «guateques», a las «parrandas», a las



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



«Hijas de gallos», al «prohibido del monte» y a otras «calaveradas» de «manigua», el agraciado por la suerte era un infeliz desgraciado de la vida, sin amigos, sin salud y sin un centavo; en tanto su hermano había levantado una casa y un pasar modesto, de los que en aquellos tiempos se consideraba una riqueza aceptable, y podía, como lo hizo, acogerlo en su seno y ofrecerle un lecho para que muriese tranquilo.

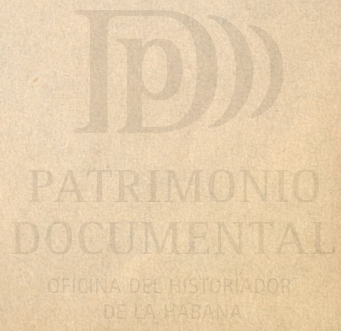
Los habaneros recordarán el caso de aquel primer premio del primer sorteo de Navidad que se jugó en la República y que cayó entero entre los albañiles que fabricaban una casa en la calle de Aguilaentre S. Rafael y S. Miguel, propiedad del acaudalado don Sebastián Gelabert; sólo a uno de ellos, por sus estrecheces económicas, le fué vedado «entrar en el dinero»; mas sus camaradas, entre todos, le regalaron una cantidad apreciable, y así tuvo él también su parte de dicha y su alegre Nochebuena.

Para que no falte el último cuento, tenemos el del chiquillo callejero, vendedor ambulante de billetes, Jenaro Peñalver, de catorce años, que vendía recientemente varios pedazos del premio gordo, después de haberlo hecho ya público las estaciones de radio. Al divulgarse la noticia, se provocó una alteración del orden, al tratar varias personas de quitarle los billetes al muchacho; lo que impidió la oportuna intervención del cabo del ejército número 200, Carlos Eckerson. Después, la madre de Jenaro le entrega el billete a un su cuñado para que lo cobre, éste lo hace, deposita el dinero en un banco a nombre suyo, se guarda la libreta, no da la cara, e interviene el Juez; se nombran abogados, procuradores y agentes; se inicia un litigio, las costas suben como la espuma, y el dinero va de mano en mano...

Cuando aquí a veinte o treinta años un postalista del futuro refiera este cuento en alguna postal descolorida que se le ocurra escribir sobre la lotería del pasado, posiblemente no faltará un lector incrédulo que murmure:

—¡Estos postalistas noveleros inventan cada fantasía!...

Hoy ha cambiado por completo aquella esquina de Muralla y Bernaza, empezando por la antigua vidriera de «Puerta-Tierra, que ya no existe y que estuvo en el chaflán del edificio que fué de la señora Condesa de Loreto; ni el café del mismo nombre, propiedad que era de Penabá y Monte; ni el entonces popular establecimiento, fábrica de sombreros y gorras militares «Las Columnas de Hércules, de Andrés Acea; ni la famo-





H

sa bodega «La Mata, punto de reunión por aquellos tiempos de la gente del hampa, a mal traer con el inspector, el isleño Trujillo y Monaga, que no los perdía de vista; ni la célebre fonda y café «Los Voluntarios, en la esquina de Monserrate, donde aquéllos tomaban por la mañana su «clásica ginebra compuesta», de paso hacia el Parque de Isabel la Católica, en que les esperaba la «charanga» para emprender la marcha, Obispo abajo, a relevar la guardia de Palacio; en los bajos de la casa que fué de la señora Condesa de Loreto, se encuentra hoy el bien surtido y popular almacén de sedería «El Botón», del afable y simpático Cesáreo Llano; enfrente, el almacén de paños «El Nuevo Mundo»; donde hubo la bodega «La Mata», hállase hoy el café «La Puerta del Sol», y en donde la fonda «Los Voluntarios», el «Bar de Puerta-Tierra», con una vidriera de billetes que ostenta aquel nombre—impropiamente puede decirse—porque aquella que fué la calle de Monserrate, hoy es la Avenida de Bélgica, y la esquina no es, desde luego, la antigua e histórica de «La Puerta de Tierra».

Al lado de la moderna vidriera de billetes, propiedad de José Padrón, existe un despacho de boletos para una empresa de ómnibus que hacen la ruta de Santiago de Cuba y Camagüey; lo que comunica a aquella esquina, ayer solitaria y sin importancia, inusitada animación y vida; y no obstante esa indiscutible prueba de progreso que allí se da, la llegada y salida de los ómnibus, el subir y bajar de los pasajeros y el ajetreo de líos, cajas y maletas, le imprimen al lugar un cierto aire de «parada de postas» del tiempo viejo. Después de todo ¿qué es la guagua de hoy, panzuda y pesadota, sino la antigua diligencia de ayer... con gasolina?

Si alguna vez se escribe la historia de las esquinas célebres de la Habana—asunto que nos tienta—debe ocupar una de las primeras páginas la de la «Vidriera de Puerta-Tierra».

*alm. ag 6/39*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA